

Entrevista inédita a Jorge Teillier: “Los poemas llegan como llegan los sueños”

David Hevia

Al cumplirse veinte años de su muerte, el camino de Jorge Teillier (1935-1996) sigue remeciendo el mundo de las letras. La razón puede hallarse tanto en la estatura de su palabra como en el eco que ésta tuvo entre los más jóvenes, pero también en que, de vez en cuando, alguna conversación que mantuvo logra abrir cajones y arrojar recuerdos mucho después. El autor de *Para Ángeles y Gorriones*, *Poemas del País de Nunca Jamás* y *Crónica del Forastero* estampó sobre el pupitre liceano los primeros grandes versos que poblarían su nutrida bibliografía. Hölderlin, Trakl, Rilke, Esenin y Pound son sólo algunos de los referentes que asomarían en la arquitectura de esos textos que, alejados de las resonantes salvadas de la guerrilla literaria, desfundaron la poética que respira bajo un tiempo de arraigo. En tanto, su paso por el Instituto Pedagógico iba a azuzar el debate del que muy pronto se harían cargo las nuevas generaciones.

Aunque ya radicado en el Molino del Ingenio, en La Ligua, el poeta de los lares se ha parapetado tras el café humeante de una santiaguina tarde de invierno, logrando pasar casi inadvertido, salvo para su interlocutor y para el viejo mozo que me ha mostrado con orgullo la servilleta de papel en que el lautarino estampó, en plena dictadura, una inspirada dedicatoria.

-¿Qué afanes te ocupan por estos días, Jorge?

-Estoy traduciendo a Dino Campana –responde, orgulloso, antes de adoptar un tono irónico para confesar: lo hago con el entusiasmo como guía, porque yo no sé italiano.

-Pero lo entiendes lo suficiente como para advertir en él algunos rasgos de tu propia búsqueda poética.

-Eso es verdad. Me siento como niño con juguete nuevo y hasta la risa me atrapa cuando descubro que escribí un verso que resulta el calco de lo que ya sucedió a otros. Digo *sucedio* porque creo que por ahí late la poesía. En el caso de Dino Campana, observo más allá del mito en torno a su vida. Y tampoco me interesa el hermetismo que se le atribuye, sino...

-¿... Su cadencia?

-Exactamente. El regreso, o lo que yo llamaría nostalgia en poesía, tiene lugar en el poema mismo, en el eterno regreso de un verso que se balancea entre el inicio y su remate.

-Esa aparente reivindicación del pasado es enunciada, igualmente en tu obra, desde un presente lírico que no admite transición entre ambos tiempos.

-Así es, David. La idea contraria es la que me hace recalificar como *narrativa* la mayor parte de lo que alguien presenta como *poesía*.

-Allí se nos aparece, de todos modos, la metáfora de Esenin, en *La Confesión de un Granuja*.

-Por supuesto... es doloroso escarbar allí, pero el entusiasta esfuerzo que deja correr un caballo tras la locomotora terminó siendo para el poeta,



después de todo, el más sutil anticipo del suicidio.

-Y, en el presente en que nos encontramos, ¿te parece admisible la así llamada transición que tiene lugar fuera del poema?

-Eso que han llamado transición en el país es inadmisibles. ¿Transición a qué? Una palabrita puesta en circulación para justificar lo injustificable... ¿Transición a la justicia? ¿Transición a la humanidad? Los poetas tenemos el deber de abrir caminos muy distintos a esa miseria digitada desde la institucionalidad. Como tú has dicho, la poesía no admite transición. Las posturas falsas en el plano político me recuerdan, en realidad, aquellas que, por otra parte, pero muy paralelamente, han seguido ciertos lirismos más preocupados de subyugar su decir a pautas formales que estaban allí amparadas por el peso de la tradición y no por la fuerza de su vínculo interno con lo que se quería manifestar.

-De alguna manera, Jorge, ¿ves esa doble cara, ese vínculo interno, la intimidad explicitada, como la verdadera condición de la poética?

-¡Exacto! Esa aparente paradoja es la que me maravilla: la poesía es aquella intimidad que sólo puede ser honesta en la precisa medida en que se manifiesta.

-Siempre has dicho que uno difícilmente escribe más de un poema en la vida.

-Así es.

-¿Palpas el peso de los aparatos represivos quebrantándolo?

-Muy de cerca. Y, desde luego, el miedo. Toda dictadura se sostiene sobre una mentira, pero ésta no quita a ella espacio en la urgencia de la realidad. La represión quebranta la voz del poema, pero no su poética.

-¿Te sientes militando todavía en la poesía?

(La pregunta sorprende al autor de *Despedida*.)

Una idea nubla los ojos de Jorge Teillier, quien después de infinitos segundos se inclina hacia



adelante en el mesón para contestar).

-Yo nunca he dejado mi carné de poeta. Los poemas llegan como llegan los sueños.

POÉTICA

Los muñequitos

Como un torbellino
Que sube desde tu vientre y te ahoga
El anhelo de matar los colores cerebrales
Los sonidos y las memorias
Pájaros rumiantes que se entregan
En la penumbra de la oscuridad
De un mar de ahogados
Meneando arriba locuras
Que aterricen este pasar
Admirable paisaje de mareados
Que lucen en las luces
De las noches de horror
Lugares recónditos
Entre los piojos que hurguetean un alimento
De los cabellos sucios
De un vago de por ahí
Quinientos mil nombres
Que gritas desesperadamente
En las mañanas insomnes
Procurando matar la felicidad
De tu lánguida sonrisa
Burlesca hostil
Tiasas figuras
Adormecidas en tu mirada miserable
Que arrancan brazos piernas pestañas
Fijando despiadadamente
Los aparatos que queman sueños
Pensamientos
Aumentando la potencia
Desconsuelo
Grito que no se escucha
Lo que deja de respirar
La danza de los espantosos
De los imbéciles
De los malditos bastardos dueños
De los otros.

Ni perdón, ni olvido

Francisca Rojas

La Danza de los Espíritus (1998) (Masacre de Wounded Knee)

Retumban ecos
En manos infinitas.
Es el ritual.
Los labios del sol
Besan las plumas del águila.
Nosotros danzamos.

(Alguien unta su cuerpo en azufre.)

Centenares de cuerpos estallan en la nieve.
Cómo hallar el tatuaje de mi rostro?

La brisa levanta la ceniza.
Aúllo bajo la luna transparente.
Escudriño los llanos.
Desnudo doy mi cuerpo a lo que hay más allá del sol.
Al amanecer oculto los dolores.

Oí a mi padre.
Dentro de mí lo escuché.
Ellos, enloquecidos, contemplaban:
Mujeres, niños
Destrozados, sangrando
En silencio, quemando
El dolor de la carne herida.
Mi abuela bebió agua
Que reventó en sangre
Por su cuello.
Oí a mi padre.
Dentro de mí lo escuché.

Por los acantilados busco mi rostro:
Alguien lo arrancó de mi hueso.
Muchos dijeron que era demoniaco.
Yo humillé mi cabeza,
Removí el polvo –busco mi rostro–
(Escuché que la serpiente
era la montaña.
La montaña que escupe fuego)

Allí la señal, en los cielos.
Era evidente el fin;
La eternidad, ilusión;
La tierra, de otros.

Al tocar el agua del grifo,
Mi cuerpo desapareció.
No había leyenda,
Sólo huesos con inscripciones
Perdidas en la memoria.

Eugenio Dávalos Pomareda

ENSAYO

Federico, el Duende Andaluz

En el grato espacio del refugio López Velarde, Casa del Escritor, rendimos homenaje a Federico García Lorca y a su duende poético, sobre la base de aquella notable conferencia que pronunciara en Buenos Aires, en el año 1933, acompañado de poetas, escritores e intelectuales de una generación privilegiada. Allí estuvieron entonces Rafael Aberti, Silvina y Victoria Ocampo, Delia del Carril, Pablo Neruda y Raúl González Tuñón, entre otras figuras de Iberoamérica y de España. “Juego y Teoría del Duende” fue también presentada por el poeta granadino, ese mismo año, en La Habana.

Y aquí, en uno de los rincones de este “Último Reino” del austro, donde pugnamos por remozar y extender la palabra creadora de poetas y escritores, tomamos como leitmotiv de la animada tertulia del pasado viernes 20 de mayo, aquella conferencia cuyos presupuestos siguen vigentes, como una arte poética que atraviesa ya ocho décadas y que une, acercando mundos, como dice nuestro amigo Antonio Chaves Cuiñas, inquieto gestor cultural, pintor eximio y poeta, quien ha dedicado dieciocho meses a la investigación literaria en Chile y al rescate de memorias preteridas en este extraño y olvidadizo país; tal ha sido su aporte respecto de la obra de Pablo de Rokha, con hallazgos e interpretaciones que no terminan de sorprendernos.

La conferencia-coloquio estuvo articulada en dos de las variadas vertientes de la creación

estética de García Lorca: primero, el “duende” y su espíritu universal; luego, ese genial poemario que compusiera en Santiago de Compostela, en el año 1932, imbuido de la figura y de la obra de Rosalía de Castro; nos referimos a los *Seis Poemas Gallegos*, que escribe en la lengua vernácula, quizá secundado por sus entrañables amigos, los escritores gallegos Ernesto Guerra da Cal y Eduardo Blanco Amor. Este último conservará aquellos manuscritos, con las tachas y correcciones manuscritas del genio andaluz, documento que hoy se guarda en uno de los museos de Galicia.

Procuramos hacer vibrar, aquella noche, las palabras de Federico, recordando que el próximo día 6 de junio es el aniversario ciento dieciocho de su nacimiento en Granada, y que el 19 de agosto se cumplen ocho décadas de su vil asesinato en Viznar, crimen del que nos sigue hablando, con acento desgarrado, el poema de otro andaluz universal, Antonio Machado:

*Se le vio, caminando entre fusiles,
por una calle larga,
salir al campo frío,
aún con estrellas de la madrugada.
Mataron a Federico
cuando la luz asomaba.
El pelotón de verdugos
no osó mirarle la cara.
Todos cerraron los ojos;
rezaron: ¡ni Dios te salva!*

En esta conferencia suya, quizá como negra premonición, surgen sus consideraciones sobre el sentido de la muerte en España:

En todos los países la muerte es un fin. Llega y se corren las cortinas. En España, no. En España se levantan. Muchas gentes viven allí entre muros hasta el día en que mueren y los sacan al sol. Un muerto en España está más vivo como muerto que en ningún otro sitio del mundo: hiere su perfil como el filo de una navaja barbera...

Y si nos sigue hiriendo su prematura e injusta muerte, sentimos a Federico vivo en sus versos y palabras inmortales, en ese duende suyo que extrajo de las raíces gitanas de su tierra y supo transformarlo en pulso que late aún en todas las latitudes. Escuchémosle:

En toda Andalucía, roca de Jaén y caracola de Cádiz, la gente habla constantemente del duende y lo descubre en cuanto sale, con instinto eficaz. El maravilloso cantaor, El Lebrijano, creador de la Debla, decía: “Los días que yo canto con duende no hay quien pueda conmigo”; la vieja bailarina gitana, La Malena, exclamó un día, oyendo tocar a Brailowsky un fragmento de bach: “¡Olé! ¡Eso tiene duende!, y estuvo aburrida con Gluck y con Brahms y con Darius Milhaud. Y Manuel Torres, el hombre de mayor cultura en la sangre que he conocido, dijo, escuchando al propio Falla su Nocturno del Generalife, esta espléndida frase: “Todo lo que tiene sonidos negros, tiene duende”. Y no hay verdad más grande.

Con esa verdad a cuestas había llegado Federico a Galicia, en la lluviosa primavera de 1932, para disfrutar de ese duende lleno de lluvia y colores de musgo que descubre en Santiago de Compostela, en sus milenarias rúas misteriosas, donde parece escuchar, desde las piedras humedecidas, la voz de la gran poeta Rosalía de Castro, a quien dedica uno de sus seis poemas gallegos...

Y no resistimos la tentación de recitarlo, en ese ambiente de la SECH que de pronto parecía el de las viejas tascas de Campus Stellae, con sus mesas puestas en U para avivar el coloquio del vino y las palabras en un espacio fraternal:

Canzón de cuna pra Rosalía Castro, morta

*¡Érguete, miña amiga,
que xa cantan os galos do día!
¡Érguete, miña amada,
porque o vento muxe, coma unha vaca!*

Os arados van e vén
dende Santiago a Belén.

Dende Belén a Santiago
un anxo ven en un barco.

Un barco de prata fina
que trai a door de Galicia.

Galicia deitada e queda
transida de tristes herbas.

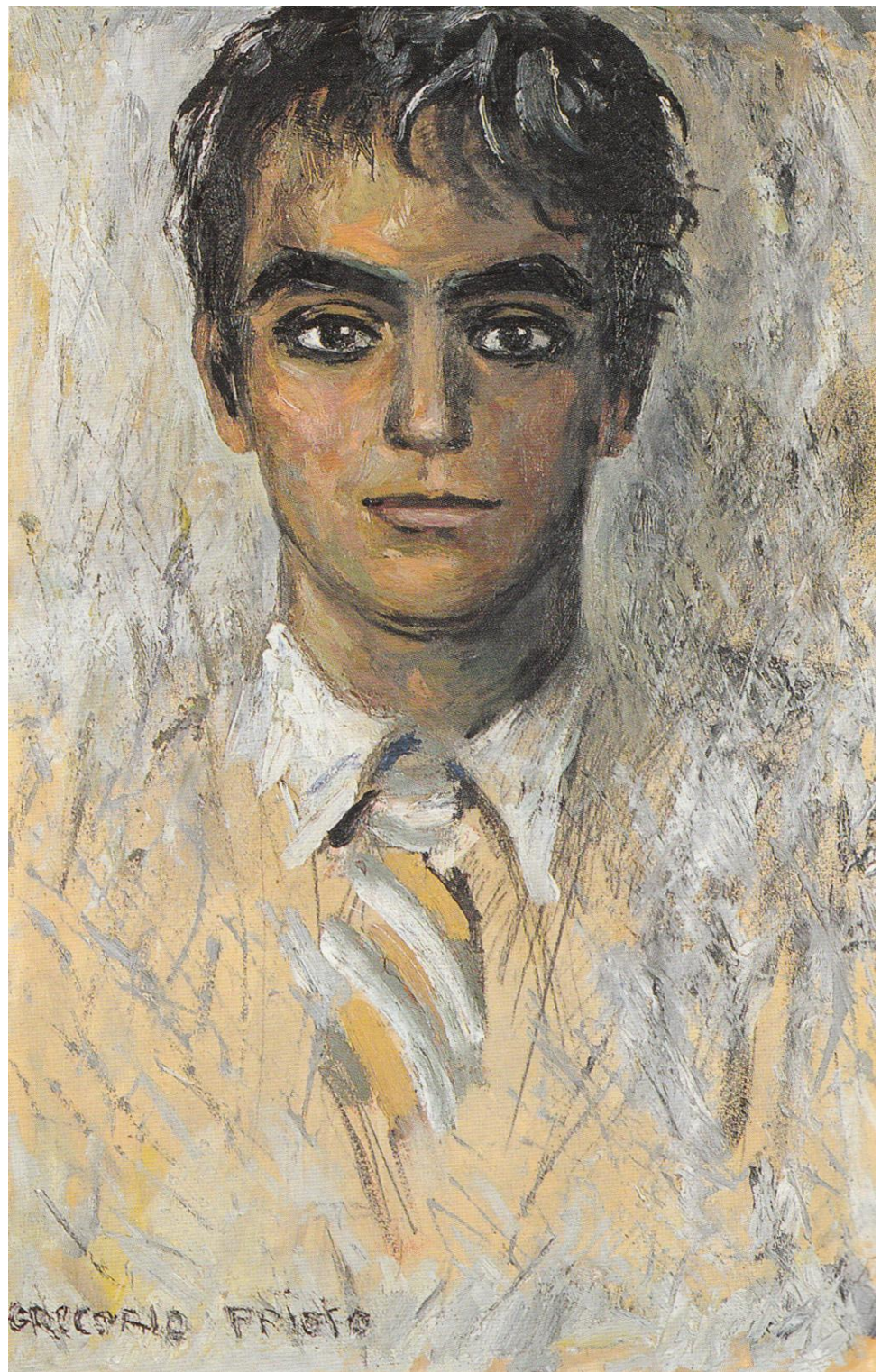
Herbas que cobren teu leito
e a negra fonte dos teus cabelos.

Cabelos que van ao mar
onde as nubens teñen seu nidio pombal.

Alfonso Castelao diría de estos poemas: “Nuestro idioma tiene tal belleza, que un poeta andaluz como García Lorca –el poeta mártir-, no fue capaz de resistir su hechizo y compuso poemas en lengua gallega”. Otro escritor y exegeta suyo, César Antonio Molina, calificaba estos poemas, en uno de sus estudios interpretativos, como “milagro”.

¿Milagro? No; hallazgo de amor, sí, desde las entrañas de ese andaluz universal, pródigo y multifacético que fue, que sigue siendo, Federico García Lorca, hijo predilecto de Granada y de España.

Edmundo Moure



Escríbenos a alerce@sech.cl